

10-3-2010

## LOS BAJOS TAMBIÉN VUELAN

Asier tenía un serio problema con su bajo. Se iba de "Erasmus" a Turín y se lo quería llevar. El problema era que si lo enviaba con las maletas en la bodega del avión era del todo probable que lo golpearan, se desquintase y se tuviera que gastar una pasta en afinarlo de nuevo. Le había costado novecientos cincuenta euros de segunda mano y lo cuidaba como lo que era, su bien más preciado. Llevarlo como equipaje de mano no era posible por las dimensiones del cajón en que lo guardaba y protegía del polvo y los golpes ya que excedía en mucho lo que la compañía aérea autorizaba a llevar en cabina. Finalmente se resignó a dejarlo. Una amiga le sugirió que mirase en "Viajarsinmaletas (todo seguido) punto com. Buscó en internet la página web y se decidió a escribir un correo electrónico dando las dimensiones del cajón contenedor del bajo (123 x 16 x 38 centímetros) y solicitando un precio que garantizase que el instrumento musical llegase "sano y salvo". Su escepticismo se vio confirmado cuando tras quince días de espera no recibió contestación ninguna de la empresa transportista. Pero no se resignó. Buscó en otras compañías de transporte; en todas hablaban de raquetas de tenis, esquís,

tablas de surf, cuadros, esculturas y otras obras de arte... pero en ninguno encontró nada sobre arpas, pianos, violonchelos o bajos

Hizo, por tanto, el viaje desolado por la imposibilidad de llevar su compañero del alma.

Cuando su padre conectó quince días después de instalarse en la Universidad de Turín por medio de "Skype", no daba crédito a lo que le oía.

- Asier, lo puedes llevar como acompañante
- ¿Qué es eso de acompañante? Vaya tontería, rugió Asier.

Y, entonces, su padre le explicó que en otro viaje en avión que él había hecho se había fijado en que un joven llevaba de la mano a su novia y colgada en su espalda llevaba una caja que sin duda, por la extraña forma que tenía, llevaba un gran instrumento musical, probablemente un contrabajo gigante, que casi rozaba el suelo. Cuando fue a subir al interior del avión, la azafata le dijo que la chica pasaba pero que él debía volver y facturar el paquete de la espalda. Sin inmutarse lo más mínimo le dijo: perdone, señorita, pero el instrumento ha pagado asiento.

Y, efectivamente, el músico sentó su instrumento junto a él, es decir, en el asiento contiguo al suyo; eso sí, sin ponerle el

cinturón de seguridad, y dejó que su chica se sentara en el asiento al otro lado del pasillo. El viaje transcurrió sin contratiempos ni para los pasajeros ni para el instrumento.

Sabido esto Asier buscó un billete para volver a su casa y dos para regresar de nuevo a Turín. Cuando subió al avión le dijo a la azafata "el bajo ha pagado asiento". Y así fue como, de esta disparatada manera, aprendió que los instrumentos musicales también pueden volar, eso sí, si previamente han pagado asiento.